

*Una reflexión sobre los jesuitas en nuestra tierra.*¹

Introducción

Sobre la tumba de Michelet fueron inscriptas sus palabras: "L'histoire c'est une resurrection". Y es verdad que en el esfuerzo de mirar otra vez a los hombres que nos precedieron, los hechos de estos hombres cobran una presencia que es como una nueva vida. Pero, para un creyente, afirmar que la historia se gesta en una muerte y una resurrección tiene densidad de contenido que refiere a una afirmación cristiana nuclear: Cristo muerto y resucitado da sentido y consistencia a la ineludible fragmentariedad de la experiencia humana.

Este fragmento de historia que cubren los jesuitas en nuestra tierra argentina, porque está inserto en el Misterio de Cristo Muerto y Resucitado, no es un mero episodio más; antes bien, un capítulo de ese libro apasionante que Dios va escribiendo con nuestros trazos humanos.

De esta historia, me atrevería a decir, como en el Quijote, que es tan simple, que los niños podrían manosearla; los jóvenes, leerla; los adultos, entenderla; y los viejos, celebrarla.

Es una historia transparente: se la puede mirar en la sólida audacia de las construcciones misioneras de San Ignacio Miní, en la austera reciedumbre de esas fortalezas de piedad que son sus templos, en las filigranas del Nombre de Jesús, estampadas con unción y firmeza en todas sus obras.

Es una historia tan directa que se la puede escuchar como un relato en boca de sus misioneros. Baste tomar cualquiera de las pacientes recopilaciones del P. Furlong para acceder a las candorosas observaciones del P. Paucke, al conmovedor epistolario del P. Barzana o del P. Cardiel. Aun en los escritos misioneros de envergadura científica, no se le escaparía a una mirada simple el cariño con que estos hombres abordaron la observación de nuestra geografía, de nuestra fauna, de nuestra flora; la originalidad de nuestros nativos y de su cultura. Porque con verdadera pasión escribieron nuestra historia; y baste citar para ello a P. Lozano, y llegaron, como en el caso del P. Domingo Muriel, a replantearse la filosofía y la teología para justificar la nueva jurisprudencia que ciertas situaciones americanas exigían.

De esta historia quiero señalar tres realidades: la primera consiste en pre-

1. *Signos Universitarios*, Año II/Nº 4-5, 1980.

* Conferencia del P. Provincial pronunciada en Santa Fe, en la muestra de Arte Sagrado de las Misiones, Museo Rosa Galisteo de Rodríguez, el 15 de octubre de 1977. (Nota del original)

guntarnos cuál es la **concepción** que la anima. La segunda realidad, así como la tercera, tiene que ver con este ámbito específico santafesino. Nos detendremos en un **símbolo** de la presencia de la Compañía en esta tierra y aludiremos a una **Gracia** de predilección que sella la acción de los jesuitas en Santa Fe.

I. La Concepción

Cuando los jesuitas hacia 1585 entran en nuestra tierra se ha producido en América un hecho eclesial significativo: la reunión del Tercer Concilio de Lima, convocado por Santo Toribio de Mogrovejo. Este Concilio habría de marcar las líneas fundamentales de nuestra evangelización en la fidelidad al Concilio de Trento. Los jesuitas, que habían colaborado con sus mejores teólogos al Concilio tridentino, no faltaron con su ciencia y experiencia misionera a este Concilio regional y baste para ello recordar al insigne P. José de Acosta.

La teología tridentina inspiraría la labor catequética de los misioneros jesuitas. **La concepción católica del hombre herido por el pecado pero no completamente corrompido**, al decir protestante, dio a esta tarea un optimismo valorizador de las culturas indígenas y un empuje apostólico lleno de confianza en las posibilidades de salvación de nuestros nativos. Porque la gracia salvadora no sería un mero título jurídico, externo al hombre, sino una fuerza transformadora y porque el hombre no perdió del todo la radical bondad que Dios Creador puso en su corazón, no les pareció utópico lanzarse a la empresa de catolizar un continente. Y así fue. Quizá no muchas otras veces una esperanza fue tan desbordantemente colmada.

La teología encarnacionista de Trento estaba persuadida de que Dios entregaba su Reino en ropaje terreno y por ello no desdeñaron nuestros misioneros prolongar los gestos salvadores de Jesús, implementando los **ritos sacramentales y quasi sacramentales de la Iglesia**. Los misioneros que aprendieron en la vida sacramental la capacidad de la materia para expresar las realidades trascendentales enseñaron a querer y venerar esos ritos y materias como portadores, en su humildad, de la vida divina, como la Iglesia veneró el inmaculado vientre de María que nos dio al Salvador.

Este optimismo fue realista, contó con la experiencia humana del pecado, con la conciencia de la radical indignidad frente a la grandeza de Dios que se manifestó **Misericordia en la Cruz de Cristo**. Se predicó la inmensa bondad del Señor pero también el precio de nuestro pecado y la necesidad de repararlo y extirparlo.

La aspiración a la salvación que late en el corazón humano tuvo para los misioneros un contenido muy preciso: despertaron ansias de bautismo y dieron identidad y sentido de pertenencia a un pueblo. Quizás no nos hayamos

detenido demasiado en ponderar lo que significa de dignificación del ser humano ser llamado hijo de Dios y que realmente lo sea. Con la doctrina bautismal se armaba a estos indios con el verdadero sentido de la vida: por qué se lucha, qué se espera, qué se puede perder. Era decirles de dónde venían y hacia dónde iban, era marcar un rumbo y fijar un destino. Era entregarles una conciencia de soberano y de soberano fuerte: Dios está con nosotros y, quién podrá contra nosotros, Dios es más que el enemigo, Dios es más que la contradicción. Era decirles que vale la pena dejarse amansar por Dios para ser indómito e invencible frente a los hombres.

Esta vocación de triunfo seguro tomará forma devocional en la religación a aquellos que ya alcanzaron la estatura definitiva: los santos. Y, para dar todo esto, los misioneros no presentan otro título que el de ser Ministros de Dios, “los Padres” o los “Pai” a quienes se acercaban para pedir la bendición.

Trento fijará los grandes capítulos de la doctrina católica: cuatro preguntas que el hombre en búsqueda de salvación debe hacerse: qué hay que saber, qué hay que hacer, qué hay que recibir, qué hay que orar... y la respuesta a esas cuatro preguntas constituían la explicación del Credo de nuestra fe, los principios de la moral, la venida de Dios al hombre en símbolos sacramentales y los moldes de la auténtica piedad.

La fidelidad a la Santa Madre Iglesia jerárquica estructura la labor misionera, y las aspiraciones y deseos expresos de la Iglesia reunida en el III Concilio de Lima de 1582, toma carne en la cotidianeidad de la tarea. Fiel al espíritu de Trento, el Concilio Limense traza la imagen del Obispo y en consecuencia a los pastores que la secundan en la obra apostólica. Hablando del Obispo se le recomienda “que pongan el cuidado debido en volver por su dignidad resplandeciendo por ejemplo de vida y conversación santa siendo, como el apóstol S. Pedro dice, espiritual guía de sus ovejas, no mandando con fausto secular, ni amando la torpe ganancia, ni mostrando en él demasiado regalo y aparato de su mesa que tienen el gusto de las cosas de este mundo, sino siendo moderados, benignos, fervientes en el celo de la fe y como padres siempre de los pobres, y cumpliendo su ministerio con perpetua solicitud de las almas, que les están encargadas, finalmente siendo tales, que por ellos se glorifique el nombre de Dios nuestro Señor y por sus continuas oraciones y méritos les conceda la majestad divina la salvación de tan innumerables ánimas como hay en todas las naciones y las libre del poder del demonio haciéndolas herederas del Reino celestial”.

El perfil del pastor está claramente esbozado: ejemplo de vida, desapego de toda mundanidad, vocación de servicio... Lo original del texto se revela en la motivación que parece surgir del desafío mismo de lo “cuantioso” de esta obra. Lo “Cuantioso” urge una calificación especialísima e impone la generosa esperanza como virtud clave del pastor.

La solicitud pastoral llevada al extremo de sentirse padre aproxima los misioneros a sus hijos. Y el Concilio urgirá el estudio de las lenguas nativas que es una voluntad seria por asumir la cultura de esos pueblos y engendrar a esos hijos en la fe. Se trataba de asumir la diversidad para realizar la auténtica unidad católica. Una misma doctrina se expresaba en diversas lenguas. De esta forma, en el Concilio se presenta por hecha y aprobada la traducción del catecismo (el del P. Acosta, S. J.) en las lenguas del Cuzco y el aimará, y se llega a decir: "Y para que el mismo fruto se consiga en los demás pueblos, que usan diferente lengua de las dichas, encarga y encomienda a todos los Obispos que procuren, cada uno en su Diócesis, hacer traducir el dicho catecismo por personas suficientes y pías en las demás lenguas".

La seriedad de esta propuesta en la práctica no termina con la traducción de los catecismos sino en la elaboración misma de las gramáticas de lenguas indígenas. Mientras la Europa protestante se desintegraba en la fractura que impone la conciencia individualista, la Iglesia fortalecía la diversidad de percepciones concienenciales de los pueblos en la Unidad que da la confesión de una misma fe. Fe que se enucleará en el Pastor que visualiza y traduce la fuerza unitiva de la Conciencia Superior que conoció la humanidad: la de Cristo.

Otra preocupación del Concilio Limense fue la adaptación de la presentación del mensaje en una forma de culto que resultara atractiva a los indígenas; así "Los obispos y curas han de poner estudio y cuidado en que haya escuela y capilla de cantores, y juntamente música de flautas, y chirimías, y otros instrumentos acomodados a las iglesias. Porque es cosa sabida que esta nación de indios se atraen y provocan sobremanera al conocimiento y veneración del sumo Dios, con las ceremonias exteriores y aparatos del culto divino".

La audacia misionera no temió embarcar las manos artesanas indígenas en la tarea de plasmar en la pintura, en la escultura y en la arquitectura los grandes misterios de nuestra fe cristiana. De ahí en más la fuerza salvadora del sufrimiento de Cristo, la ternura de María, la gloria de los santos y la fealdad del demonio tienen colorido y sentido americanista. Los retablos barrocos asumieron en su ornamentación el homenaje al Único Señor de todos, de nuestra flora y fauna peculiares.

Esta mística tridentina se particularizaría en los jesuitas mediante la expresión apostólica de la vivencia espiritual ignaciana que los identifica y que está plasmada en los Ejercicios Espirituales. Veamos algunas de estas peculiaridades:

De la Meditación del Reino que propone San Ignacio a los que quieren seguir a Cristo se hace programa en el jesuita la fórmula: "Los que más se querrán afectar y señalar en todo servivio de su Rey Eterno y Universal... Y conquistar todo el mundo y todos los enemigos". Este programa se traduce

en una mística de conquista espiritual que implica el combate ascético en el corazón mismo del misionero y la elección de lo más arduo.

La mística de la conquista espiritual tuvo en España un símbolo que me resulta sugestivo recordarlo hoy, 15 de octubre, pensando en el hermoso óleo de sor Josefa que tenemos en nuestra Iglesia: Santa Teresa, la Grande. Hubo una verdadera pugna en España acerca de quién merecía ser su patrono, si el Santiago Apóstol y Comandante en Jefe contra los Ejércitos moros o – llegada la paz – sería Santa Teresa la del profundo combate interior. Creo que San Ignacio comprende esta doble corriente española y hace la síntesis: Será maestro de la lucha interior pero también comandante en Jefe de las grandes estrategias del Reino de Dios. Y digo esto porque la peculiar visión de la historia de San Ignacio expone en sus meditaciones conocidas como las de la Encarnación y Dos Banderas se traduce en la obra apostólica de los jesuitas. Esta traducción tiene las siguientes connotaciones:

- un análisis de situación que con la mirada de Dios cala hondo en la miseria que el pecado del indígena y del español han sembrado en la obra de Dios.
- una visualización del enemigo que inspira las tácticas destructivas que llevan al pecado y un conocimiento cabal de esas tácticas.
- una internación en el corazón misericordioso de Dios que salva e inspira los remedios salvadores.
- una disponibilidad de instrumento de esa Gracia que brota de la misericordia del Señor.
- una sagacidad para descubrir aquellos condicionamientos que favorezcan de tal modo la labor evangelizadora que la vuelvan un hecho irreversible en la conciencia del pueblo fiel.

II. Un Símbolo

Hasta aquí hemos tratado de desentrañar la concepción que estaba en la raíz misma de la actividad misionera jesuítica, la fuerza que la impulsaba y configuraba. Quizás necesitemos ahora aproximar la historia con algo de relato pero que por su proyección tiene para nosotros valor de símbolo. Una realidad se hace símbolo cuando su carga histórica es de tal envergadura que vigoriza nuestro presente y le abre rutas futuras. Y este relato que será, por la índole de esta conversación, un poco fragmentario es el de la fundación de nuestra reducción de San Francisco Javier entra entre los Mocobíes, y dos hombres se recortan allí, señores, el P. Burgés y el P. Paucke. Ellos amaron esta experiencia y lo hecho y vivido lo consignaron por escrito. El P. Francisco Burgés escribía en el ostracismo la “Relación de la Fundación del Pueblo de

San Javier de los Mocobíes” y el P. Paucke su apasionante obra “Hacia Allá y para Acá: Una Estada entre los Indios Mocobíes”. Recordaremos el contexto: Después de la paz firmada, en 1734, entre los indios y el Gobernador Echáguie, era muy frecuente ver a los indios por la ciudad. Tenían dos lugares de reunión: La casa del Gobernador, y el Colegio de los Jesuitas.

Abipones y Mocobíes eran hospedados con gran cariño en nuestro Colegio; y ellos, a su vez, llegaron a tener un gran aprecio y confianza por los jesuitas, a tal punto que el famoso cacique Icholai cambió su nombre en su bautismo por el de Benavídez, apellido del Rector del Colegio, un paraguayo que regenteaba el mismo desde el 13 de diciembre de 1732. Este testimonio de cariño y fidelidad ayudaría a los indios a recuperar el recuerdo del mal trato de los Encomendados; y estos ensayos de buen entendimiento con criollos y españoles los animaban a esperar que era posible convivir en paz.

Por su parte el P. Burgés trataba de convencer al Gobernador de hacer un pueblo con los Mocobíes. En la **Relación de la Fundación del pueblo de San Javier de los Mocobíes**, que escribiera en su destierro en Italia, consigna lo siguiente:

“hechas las paces con ambas naciones, dieron los indios en llegarse a Santa Fe, como a su casa, sin recelo, y el buen Teniente – Gobernador – los acogía en su casa y daba de comer, y cuanto ellos podían desear. Con esto si antes le temían y respetaban por su valor y esfuerzo, después le amaban y querían, como a su padre y buen amigo, de modo que en todas sus quejas y sentimientos acudían a él como a su juez y a su defensor. Valióse don Javier – el Gobernador – de esta voluntad y confianza que de su amistad hacían los indios para tratar con ellos de su conversión a nuestra fe. Habló muchas veces por medios de lenguaraz con el cacique principal de la nación mocoví, llamado entonces Anadiacaiquin (que mudado después a su usanza, el nombre, se llama Cithaalin, y por este nombre lo conoceremos en adelante) acerca el **abrazar nuestra santa ley, y el vivir en pueblo**, como los cristianos, mostrando con razones caseras la conveniencia de la mudanza, **así para esta vida como para la otra**. El cacique, que es bien capaz, hizo reflexión de las razones que oía y, cavando en ellos, se determinó a abrazar el partido que le proponía su buen amigo; y entre ambos esperaban buena ocasión para poner en práctica lo tratado”.

El deseo de los indios de vivir en paz, de fortalecerse en un pueblo, dejando la dispersión de la vida nómada y afincándose en la experiencia del trabajo, chocaba con experiencias negativas del trato anterior de algunos españoles para con ellos, que los viejos se encargaron de recordar a Cithaalin con las siguientes palabras:

“... si no sabía lo que en los años anteriores habían hecho los españoles con sus parientes, que habiéndoles juntado en un pueblo cerca de Esteco con dos

Padres, a poco tiempo se echaron sobre ellos y los repartieron entre sí; y que no pensase en semejante determinación, ni cumplierse la palabra que había dado el Teniente – Gobernador – “.

La muerte de Echagüe agudizaría la dificultad, pero la palabra de los jesuitas fue decisiva para los indios. En pacientes diálogos les hablaban de distinguir entre español y español, y los animaban a confiar.

El cacique corroboraría su confianza en los jesuitas:

“Vosotros nos ayudáis a trabajar, nos alimentáis, no lleváis armas, enseñáis y cuidáis nuestros niños”.

Al fin, triunfa el buen deseo del cacique:

“Yo ya quiero procurarme la tranquilidad para mi y mis hijos”.

Ya en las primeras conversaciones con el hermano de Cithaalin, el cacique Ariacaiquin – que moriría antes de plasmar el proyecto de Reducción – le decía al P. Burgés, con grandes muestras de confianza:

“Yo se muy bien que los Padres se encargan de nosotros, y tratan de cuidarnos como padres. Yo ya he sabido, por otros coterráneos nuestros, que ellos nos tratan como a hijos, nos quieren y nos proveen, y no tenemos nada que temer de ellos”.

Los deseos que animaban a los jesuitas en este proyecto cristiano se pueden rastrear en estos tres textos:

El primero corresponde al P. Paucke:

“Ya en frecuentes veces el Rector había expuesto al Comandante – Gobernador – que no había otro medio mejor que enviar, desde el Colegio, algunos sacerdotes a los indios **para pacificar esta gente salvaje**. Ya había también algunos dispuestos a hacerse cargo de esta grave embajada con peligro de su vida, especialmente un Padre Francisco Burgés, al que he mencionado poco antes. Este hombre era tan empeñado y deseoso de **amansar estos bárbaros** que no cejaba, y de continuo volvía a animar al Comandante – Gobernador - y al Padre Rector que usaran sus servicios en tan peligrosa empresa”.

El segundo texto corresponde a la **Relación** del P. Burgés:

“Comencé desde luego a juntarlos todas las mañanas en la capilla, para platicarles, por medio de intérpretes acerca del fin de haberlos juntado, y de los bienes que trae consigo el ser cristiano, **así para esta vida como para la otra**; de los desengaños del demonio con los que los ha tenido perdidos, llevándolos

al infierno a cuantos han muerto hasta ahora de su nación; afeándoles la borrachera y los hurtos y homicidios, y otras cosas, acomodándome a su estado y capacidad. Platicábales también de **nuestros santos misterios**, de la unidad y esencia de Dios Nuestro Señor; de la Trinidad les trataba muy por encima, porque no estaban capaces de tan sublime misterio y, por otra parte, temí no forjasen en sus cabezas una trinidad de dioses; del misterio de la Encarnación; **de los mandamientos** de la ley de Dios hablábales, exhortándolos a que reparasen cuán conformes eran con la misma razón natural. Todo lo cual oían los indios con toda atención”.

El tercer texto lo trae el P. Paucke, pero son palabras del P. Burgés al cacique Aletín, con ocasión de la ida rebelde de Cithaalin. Este se había marchado disgustado porque se racionaba, conforme a un principio de revisión y de justicia, la carne que se comía en la Reducción. En esta ocasión, pues, el P. Burgés decía:

“Ahora mi querido Aletín, estamos otra vez solos, y no tenemos impedimentos para que **en todas las cosas establezcamos un buen orden** y ciertas medidas. **Organicemos este pueblo** de manera que resulte claro que vosotros comenzáis **una vida ordenada** y en comunidad. Yo organizaré el asunto de manera que ha de gustaros a vosotros mismos. **Lo primero** es que vosotros asistáis, a **horas determinadas, a la doctrina cristiana**, pues debemos comenzar desde Dios, y éste será el mejor medio para que recibamos de El su bendición y amparo sobre nuestra Reducción. **Lo segundo**, que pongamos mano a procurar las necesidades temporales para mantenimiento de nuestras vidas. Esto **no puede ocurrir de otro modo que mediante el esfuerzo y el trabajo**”.

Quien tenga una visión “economicista” de la justicia, no podrá comprender mucho de este proyecto jesuita: se trataba de ofrecerles la oportunidad de vivir aquello que **los hacía justos**; o sea, una manera de relacionarse con Dios y con la comunidad, una manera de estar con la naturaleza, que tenía incidencias “económicas”, pero que no se agotaba en una “conducta económica”.

Para esta realidad de fe, no era indiferente la vida de los indios. De hecho, la vida nómada y el vivir de la caza no eran aptos para aglutinarlos, para que tomasen conciencia de la fuerza de unidad. Tampoco ayudaba para tenerlos reunidos y hacerles oír la doctrina cristiana. Por ello, los pilares de la acción pastoral serían:

a) Consolidar el sentido de unidad:

Esta unidad se construiría por la **superación de la fragmentación** indígena de las “parcialidades” que, en su rivalidad, amenazaban con el debilitamien-

to y el exterminio de los indios. Reunir a estas “parcialidades” en pueblos; era devolverles el sentido corporativo, el horizonte de pueblo, donde realizar el pueblo era realizarse; y no contribuir a esa realización, era también una frustración individual.

b) Lograr el sentido de familia:

Esto implicaba dejar la poligamia, dignificar a la mujer – porque la esclavitud de la misma era una dura realidad entre los mocobíes -, y lograr un modo de vida que no los obligara a desplazarse de un lugar a otro en busca de subsistencia, porque esto amenazaba la estabilidad familiar. Había otros vicios que corregir: la desaprensión al enfermo al que abandonaban sin cuidados; y una conducta ambigua frente a sus hijos, que lo llevaba a veces a matarlos, inmediatamente después de nacidos, si los estorbaban en la marcha.

Había, pues, entre los indios, muchas “estructuras” **injustas**, y **los misioneros** se abocaron a cambiarlas con tesón; pero no quedándose en ellas, sino yendo a la raíz de las mismas, y proponiendo “salidas alternativas” **viabiles**.

c) Ahondar en la experiencia unitiva del trabajo:

Era justo que el indio superara su pereza – y su borrachera -, y accediera a la dignidad del trabajo, descubriéndose en el propio esfuerzo, y sintiéndose valer. Aquí no solo tenían que renunciar al “malón”, sino al vivir “de arriba”, de la dádiva de los vecinos de santa Fe; y, puestos frente a los bienes, debían adquirir el sentido de la previsión del futuro (consumían lo que tenían, sin pensar en el mañana), y de la distribución equitativa de lo que poseían en comunidad, porque tendían a afirmar allí los intereses mezquinos de las “parcialidades”.

Por esta acción **pastoral**, se logra afianzar el sentido de una historia protagonizada por todos, una conciencia de lo que hoy llamaríamos el **sujeito colectivo**, con una organización donde orden y disciplina se sustentaban en la obediencia a “cabezas” (el “pater” y los caciques) como factores de **unidad**.

Pero lo más importante es considerar que esta **historia** era, a la par, una historia de fe, de salvación. En efecto, la **cultura** – el estilo de vida, compartido por todos – era cristiana, y tenía su raíz en la **doctrina común**, y su expresión más alta era el culto, en el cual se manifestaba, en distinta medida y proporción, tanto **lo devocional** como **lo sacramental**.

Que comprenderían aquellos indígenas de la doctrina cristiana, de la ex-

celencia del bautismo y de las consecuencias prácticas se nos manifiesta en dos discursos. El primero lo pronunció el cacique Nalangain y dice:

“Si yo no hubiera querido ser bautizado, no me hubiera visto tanto tiempo a tu lado... Para estar aquí únicamente por tener de ti el aliento diario y poder vivir sin cuidado, yo mismo me habría avergonzado: tales ideas corresponden sólo a perezosos y temerosos, pero no a mi, a quien la penuria o lo que ocurra siempre de ingrato o contrario no pueden causar tal apremio...”

El P. Paucke indaga si le agrada lo que oye de Dios en la Doctrina, y si no le parecen pesadas las obligaciones que corresponden a un cristiano. Y responde:

“Yo he reflexionado bien todo, y muchas veces, en vez de descansar, he comparado nuestra vida salvaje con la vida cristiana... y he conocido que nosotros no somos gentes sino animales que no tienen leyes. Pero he observado también que no somos animales, sino algo mucho más elevado, porque somos los amos de todos los animales que deben obedecernos, y en parte servir para nuestra alimentación, en parte ayudar a buscar nuestra alimentación. Ahora, si somos amos de ellos, no debemos vivir como los animales, sino como sus amos... Ahora, como somos diferentes a los animales en el vivir, no debemos tampoco ser iguales a ellos en la muerte. Yo bien he oído de ti que nosotros, los seres humanos, somos completamente diferentes en el alma, pues cuando estos son muertos o revientan, han terminado todo, tanto su cuerpo como su alma; pero cuando nosotros morimos, permanece viva nuestra alma que jamás ha de morir. En nuestra tierra selvática, también ya teníamos esta opinión de que nuestras almas no mueren, que nosotros, tras la muerte, recorremos los bosques y mediante la caza buscamos nuestro alimento, y por ello hincábamos en nuestras sepulturas la lanza y arma usuales para que pudiéramos tener todas a mano, porque nosotros creíamos que también los caballos, que durante la vida teníamos a nuestro uso, deberían servirnos también después de la muerte. Entonces se me ocurrió otra vez que si ellos no son iguales a nosotros en la vida, ¿cómo nos serían iguales en la muerte? Pues el animal no puede hablar como nosotros; tampoco puede reflexionar como nosotros, no puede reconocer tampoco lo que es bueno o malo, querer el bien o el mal... El animal tiene sobre sí un superior, o sea, al hombre que lo domina, y al cual debe obedecer; así también nosotros tendremos un superior al cual estamos sometidos y debemos obedecer, y este por lo mismo debe ser mejor y más poderoso que todos nosotros los seres humanos. Entonces yo no sabía ni qué hacer para que yo pudiera conocer quién sería este hasta que había escuchado estas doctrinas. Y como yo conocí que debía ser así como vosotros enseñáis, no he tenido jamás un escrúpulo en ser bautizado también por vosotros”.

El otro discurso corresponde al cacique Nevedegnac.

Luego de ser bautizado en la ciudad de Santa Fe, en la comida que tuvo en el Colegio, ante jesuitas, españoles e indios, pronunció Nevedegnac el siguiente discurso:

“Da a conocer mis palabras –le pide al P. Paucke- que yo te digo, y asegura a este hombre, jefe de la ciudad, que como yo ya estoy bautizado, y soy hijo de Aquel que ha creado a nosotros y todo lo de este mundo, somos hijos de un solo padre, y por tanto hermanos entre todos nosotros. Antes yo no he sabido nada de nuestro Padre que nos ha creado, y si yo lo hubiera sabido, no me hubiera demostrado tan hostil contra ellos; yo sabré enmendar desde aquí en adelante mis errores de mi anterior ignorancia, y siento de corazón que he perseguido tan incesantemente y también he muerto a mis hermanos. Yo creía que todos eran mis enemigos, pero ahora veo cómo me he equivocado con mi ignorancia. Yo les prometo que, lo mismo como antes los he perseguido, me empeñaré de aquí en adelante de ser un protector contra sus enemigos. Diles que pueden estar seguros y creer en mis palabras, que ellos no crean que Domingo, como cristiano y su hermano, los engañará, desde que he aborrecido ésta falsedad ya como hombre salvaje. Yo les pido, y siempre he de alegrarme, que ellos me miren, no como a un extraño, sino como a su hermano. Dile también a este noble jefe que en cuanto en lo futuro él sería ofendido por mis coterráneos, o la ciudad fuera asaltada, yo, a su palabra y con el permiso de nuestros padres cristianos, jamás demoraré en prestar ayuda con mi gente”.

La doctrina, la práctica de la confesión y frecuente comunión cimientan en los indios una sólida esperanza:

“Había muchísimos que me han dicho –cuenta el P. Paucke- que, cuando ellos se habían confesado, no temían jamás la muerte. También debo confesar que me fue muy consolador el asistir a los indios moribundos, porque yo ví que morían no solo sin temor, sino también con deseo, en plena confianza de tener, después de la muerte, una vida eternamente alegre al lado del Padre celestial”.

El P. Paucke ha recogido algunos testimonios de personas en diversas circunstancias. Al preguntarles si acaso no estaban intranquilos, si no les pesaba que sus hijos, de allí en adelante, debían vivir despojados de sus padres, respondían:

“Mi Pater, yo no me preocupo por eso en ningún modo, pues si bien yo los abandono, ellos no quedan abandonados, pues tú has sido y seguirás siendo su padre... ¿Para qué he de entristecerme por cesar de vivir en este mundo? ¿No has dicho tú muchas veces que los que hemos amado a Dios en este mundo y le hemos servido, obtendremos, mediante la muerte, una vida mucho mejor, que vamos a gozar de Dios? Siempre he creído esto y también lo espero”.

Un muchacho, hijo del cacique Aletín decía:

“Sería bueno que yo muriese hoy, pues este día es en el que nuestro Salvador ha muerto en la Cruz por nosotros: pero yo no muero todavía hasta mañana que es sábado, pues ese es el día de Nuestra Madre Celestial; esta ha de llamarme”. A la madrugada del sábado dijo: “Ya rompe el día de nuestra querida Señora, ahora voy a morir y viajar hacia mi cara Madre Celestial. Tal como él había dicho, sucedió: él no vivió más de un medio cuarto de hora, y falleció”.

Otro moribundo, en las mismas circunstancias de estar enfermo de viruela, le hablaba así a sus padres:

“Mis queridos padre y madre, yo ya iré hacia otro Padre y Madre, si bien yo quisiese permanecer aún más tiempo a vuestro lado para ayudaros, pues ya estáis en años; pues yo quiero aún más a Dios que a vosotros, por eso quiero dejaros, e ir hacia El, pero no he de olvidar de vosotros cuando yo llegue a su lado. Quedaos consolados y no lloréis por mi fallecimiento, pues yo parto muy contento de vuestro lado”.

Una doctrina común, una profunda unidad de concepción, cohesionaba a este pueblo de San Javier. Era la doctrina de la salvación de Jesucristo, pacientemente inculcada por los misioneros.

Esta doctrina se había hecho, en los indios, una convicción, y por eso tenía una firme traducción moral; pero era, sobre todo, algo sentido, y la doctrina sentida se hacía devoción.

Lo devocional es, sin duda, el lugar privilegiado de la manifestación del corazón de este pueblo: un corazón creyente que se siente querido por el Señor, la Virgen y sus Santos, y que lo manifiesta gozosamente –como en la Novena de la Virgen y del Patrono San Javier-, y también dolorosamente, con conciencia de pecado e infidelidad, en los actos penitenciaros del Viernes Santo.

Es decir que a ellos podemos aplicarle lo que decíamos al comienzo y afirmar que la doctrina de la fe por la obra paciente de los misioneros fue alcanzada con manos ávidas de niño, fue escuchada con entusiasmo juvenil, fue ponderada con adultez, fue celebrada con senil sabiduría.

III. Una Gracia

Esta historia podría también resumirse diciendo que es la historia de la Presencia de Dios en este entramado de acontecimientos que se desata tras el descubrimiento de América, “el hecho más notable después de la Encarnación de Cristo que vivió la humanidad” como lo expresara en el siglo XVI el cronista Lope de Gomara.

Pero no quiero referirme al Misterio de la Gracia que sin menguar la libertad humana, cura, salva, inspira... quiero hablar de una gracia muy particular que vivió Santa Fe cuando corría el año 1636 y más precisamente, el 9 de mayo: el sudor milagroso de Nuestra Señora, la pura y Limpia concepción en el devoto óleo que el Hno. Jesuita Luis Berger había pintado poco tiempo atrás inspirándose en la visión apocalíptica de la mujer aparecida en el cielo, vestida de sol, coronada de estrellas y la luna bajo sus pies.

Una gracia y gracia de predilección. Cuando las dificultades arreciaban, cuando el P. Espinosa era martirizado a no muchos kilómetros de Santa Fe, la Virgen tuvo su mensaje. Mensaje silencioso, que habrá de desentrañar con corazón devoto y también silencioso, con corazón lleno de recogimiento y adoración. Porque únicamente en esa actitud se leen los designios de Dios. Así tuvo que descubrir el Profeta Elías el paso de Dios: no en el trueno, no en el viento, sino en la brisa suave que sobreviene luego, cuando muchas cosas transitorias decantan y el corazón del hombre se siente robustecido con la mirada serena que da al tiempo su fuerza y estatura.

La Virgen, "que conservaba todas las cosas en su corazón". La Virgen que en su limpia intimidad de mujer purificaba y curaba las heridas que el accionar violento de los hombres provoca en el cuerpo de la humanidad estaba llamada a dar el mensaje: perdura lo que se amasa con paciencia y ternura, lo que sea servicio y no vana complacencia, lo que se juegue con el realismo de Dios y no con la pequeñez de los hombres que tantas veces disfraza su mezquino cálculo con ropaje de audacia y altruísmo.

La Compañía de Jesús experimentaría en sus trabajos apostólicos esta gracia de predilección que el Señor quiso regalarle en la imagen de Nuestra Señora, también conocería la dura prueba de la expulsión, pero aún así la esperanza cantó en los labios del P. Muriel: "Confío que no está seco este ramo, que aún vive en él el espíritu de San Ignacio, y que sepultado al presente como lo impetuoso del tiempo, ha de brotar en su primavera más florido y más fecundo que nunca... No sabemos lo que nos está para suceder; Dios lo sabe y esto basta; lo que a nosotros toca y nos importa es conservar el espíritu de nuestra vida aún en la muerte, aún cuando los huesos de nuestro cuerpo estén destroncados y esparcidos por las encrucijadas y campos... Dios se hará oír y con la virtud de su palabra resucitará con nuevo espíritu la Compañía de Jesús... Se trata de destruirla, y puede ser que Dios se valga de este medio para reedificarla. Yo lo concibo así... Conservad su espíritu, con la esperanza de verla resucitada".

En 1814 Pío VII restauraba la Compañía Universal y Dios bendecía con el sello inconfundible de la santidad esta nueva marcha que conduciría San José Pignatelli. Cuando promediaba la primera mitad del siglo XIX la Compañía volverá a nuestras tierras y de ahí en más Historia y Presencia de la Compañía

ña son una realidad indisoluble. La Compañía se sabe presente cuando, fiel a su historia y al espíritu de los Ejercicios que la anima, obedece a la Santa Iglesia Jerárquica, se deja convocar y alimentar por los símbolos que la expresan y busca la gracia de Dios como confirmación del beneplácito del Señor en sus actuaciones.